

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo los Ryls coloreaban los juguetes (10/22)

Ahora reinaba el silencio en el Valle de la Risa. La nieve lo cubría como un manto blanco y almohadas de copos suaves flotaban ante la casa donde Claus estaba sentado alimentando el fuego. El arroyo gorgoteaba bajo una gruesa capa de hielo y todas las plantas e insectos vivos se acurrucaban junto a la Madre Tierra para mantenerse calientes. La cara de la luna estaba oculta por las oscuras nubes, y el viento, deleitándose con el deporte invernal, empujaba y arremolinaba los copos de nieve en tantas direcciones que no tenían oportunidad de caer al suelo.

Claus oyó el viento silbar y chillar en su juego y volvió a dar las gracias a los buenos Knooks por su comfortable refugio. Blinkie se lavó la cara perezosamente y se quedó mirando las brasas con una mirada de perfecta satisfacción. El gato de juguete se sentó frente al de verdad y miró al frente, como deben hacer los gatos de juguete.

De repente, Claus oyó un ruido que no parecía la voz del viento. Era más bien un lamento de sufrimiento y desesperación.

Se levantó y escuchó, pero el viento, cada vez más bullicioso, sacudió la puerta e hizo sonar las ventanas para distraer su atención. Esperó a que el viento se cansara y entonces, sin dejar de escuchar, oyó de nuevo el estridente grito de angustia.

Se puso rápidamente el abrigo, se tapó los ojos con la gorra y abrió la puerta. El viento entró de golpe y esparció las brasas por la chimenea, al tiempo que agitaba el pelo de Blinkie con tanta furia que se escurrió bajo la mesa para escapar. Entonces se cerró la puerta y Claus estaba fuera, mirando ansiosamente en la oscuridad.

El viento reía y gritaba y trataba de empujarlo, pero él se mantenía firme. Los indefensos copos tropezaron contra sus ojos y le nublaron la vista, pero se los quitó y volvió a mirar. Había nieve por todas partes, blanca y brillante. Cubría la tierra y llenaba el aire.

El grito no se repitió.

Claus se dio la vuelta para volver a la casa, pero el viento lo sorprendió, tropezó y cayó sobre un montón de nieve. Su mano se hundió en la nieve y tocó algo que no era nieve. Lo sujetó y, tirando suavemente de él, descubrió que era un niño. Al momento siguiente lo levantó en brazos y lo llevó a la casa.

El viento lo siguió a través de la puerta, pero Claus la cerró rápidamente. Dejó al niño rescatado en la chimenea y, quitándole la nieve, descubrió que era Weekum, un niño que vivía en una casa más allá del Valle.

Claus envolvió al pequeño con una cálida manta y le frotó la escarcha de las extremidades. Al poco rato, el niño abrió los ojos y, al ver dónde estaba, sonrió feliz. Entonces, Claus calentó leche y se la dio al niño lentamente, mientras el gato miraba con sobria curiosidad. Finalmente, el pequeño se acurrucó en los brazos de su amigo, suspiró y se durmió, y Claus, lleno de alegría por haber encontrado al viajero, lo abrazó estrechamente mientras dormía.

El viento, que ya no tenía nada que hacer, subió la colina y se dirigió hacia el norte. Los cansados copos de nieve tuvieron así tiempo de posarse en la tierra, y el Valle volvió a la calma.

El niño, que había dormido bien en brazos de su amigo, abrió los ojos y se incorporó. Entonces, como haría un niño, miró alrededor de la habitación y vio todo lo que contenía.

—Tu gato es un buen gato, Claus —dijo finalmente—. Déjame tenerlo.

Pero la gata se opuso y salió corriendo.

—El otro gato no huirá, Claus. Déjame sostenerlo —continuó

el niño, y Claus le puso el juguete en los brazos, y el niño lo sostuvo con cariño y le besó la punta de la oreja de madera.



—¿Qué hacías en medio de la tormenta, Weekum? — preguntó Claus.

—Empecé a caminar a la casa de mi tía y me perdí — respondió Weekum.

—¿Tuviste miedo?

—Hacía frío —dijo Weekum—, y la nieve se metió en mis ojos, así que no podía ver. Entonces seguí adelante hasta que me caí en la nieve, sin saber dónde estaba, y el viento sopló los copos sobre mí y me cubrió.

Claus le acarició suavemente la cabeza, y el niño lo miró y sonrió.

—Ahora estoy bien —dijo Weekum.

—Si —respondió Claus, feliz—. Ahora te meteré en mi cálida cama, y deberás dormir hasta mañana, cuando te llevaré de vuelta con tu madre.

—¿Puede dormir el gato conmigo? —preguntó el niño.

—Si, si tú quieres —respondió Claus.

—¡Es un gato muy bonito! —dijo Weekum, sonriendo, mientras Claus lo arropaba con mantas; y al poco rato el pequeño se durmió con el juguete de madera en brazos. Cuando llegó la mañana, el sol reclamó el Valle de la Risa y lo inundó con sus rayos; entonces Claus se preparó para llevar al niño perdido de vuelta con su madre.

—¿Puedo quedarme con el gato, Claus? —preguntó Weekum—. Es más bonito que los gatos de verdad. No se escapa, ni araña, ni muerde. ¿Puedo quedármelo?

—Si, claro —respondió Claus, contento de que el juguete que había hecho pudiera darle placer al niño. Así que envolvió al niño y el gato de madera en un cálido manto,

colocando el bulto sobre sus hombros, y caminó a través de la nieve y los charcos del Valle, por la llanura, hasta la pobre casita donde vivía la madre de Weekum.

—¡Mira, mamá! —gritó el niño en cuanto entraron—.

¡Tengo un gato!

La buena mujer lloró de alegría por el rescate de su querido niño y agradeció muchas veces a Claus su amable acto. Así que llevó un corazón cálido y feliz de vuelta a su casa en el Valle.

Esa noche le dijo a la gata:

—Creo que a los niños les gustarán los gatos de madera casi tanto como los verdaderos, y no pueden hacerles daño tirándoles de la cola y las orejas. Haré otro.

Ese fue el comienzo de su gran obra.

El siguiente gato estaba mejor hecho que el primero.

Mientras Claus lo tallaba, entró a visitarlo el Ryl Amarillo, y quedó tan satisfecho con la habilidad del hombre que salió corriendo y trajo a varios de sus compañeros.

Allí estaban sentados en círculo en el suelo el Ryl Rojo, el Ryl Negro, el Ryl Verde, el Ryl Azul y el Ryl Amarillo, mientras Claus tallaba y silbaba y el gato de madera iba tomando forma.

—Si se pudiera hacer del mismo color que el gato de verdad, nadie notaría la diferencia —dijo el Ryl Amarillo pensativo.

—Los más pequeños, tal vez, no notarían la diferencia —respondió Claus, encantado con la idea.

—Te traeré un poco del rojo con el que pinto mis rosas y tulipanes —gritó el Ryl Rojo—, y así podrás pintar los labios y la lengua del gato.

—Te traeré un poco del verde con el que pinto mis hierbas y hojas —dijo el Ryl Verde—, y así podrás pintar de verde los ojos del gato.

—También necesitarán un poco de amarillo —remarcó el Ryl Amarillo—. Tengo que traer un poco de amarillo con el que pinto mis ranúnculos y mis campanillas.

—El gato de verdad es negro —dijo el Ryl Negro—. Traeré un poco del negro que uso para pintar los ojos de mis pensamientos, y entonces podrás pintar tu gato de madera de negro.

—Veo que tienes una cinta azul alrededor del cuello de Blinkie —añadió el Ryl Azul—. Traeré un poco del color con el que pinto las campanillas y los nomeolvides, y entonces podrás tallar una cinta de madera en el cuello del gato de juguete y pintarla de azul.

Así que los Ryls desaparecieron, y cuando Claus hubo terminado de tallar la forma del gato ya estaban todos de vuelta con las pinturas y los pinceles.

Hicieron que Blinkie se sentara sobre la mesa para que Claus pudiera pintar el gato de juguete con el color exacto, y cuando el trabajo estuvo terminado los Ryls declararon que era exactamente tan bueno como un gato vivo.

—Es decir, según todas las apariencias —añadió el Ryl Rojo.

Blinkie pareció un poco ofendida por la atención prestada al juguete, y para que no pareciera que

aprobaba la imitación del gato se dirigió a la esquina de la chimenea y se sentó con aire digno.

Pero Claus estaba encantado, y en cuanto amaneció se puso en marcha y caminó por la nieve, a través del valle y la llanura, hasta que llegó a una aldea. Allí, en una pobre choza cercana a los muros del hermoso palacio de Lord Lerd, una niña yacía en un miserable catre, gimiendo de dolor.

Claus se acercó a la niña, la besó y la consoló, y luego sacó el gato de juguete de debajo de su abrigo, donde lo había escondido, y se lo puso en los brazos.

¡Ah, qué bien recompensado se sintió por su trabajo y su larga caminata cuando vio los ojos de la pequeña brillar de placer! Abrazó al gatito contra su pecho, como si se tratara de una joya preciosa, y no lo soltó ni un momento. La fiebre se calmó, el dolor disminuyó y ella se sumió en un sueño dulce y reparador.

Claus rio, silbó y cantó todo el camino de vuelta a casa. Nunca había sido tan feliz como aquel día.

Cuando entró en su casa, encontró a Shiegra, la leona, esperándolo. Desde su infancia, Shiegra había amado a Claus, y mientras éste vivía en el Bosque, ella había ido a menudo a visitarlo a la choza de Necile. Después de que Claus se fuera a vivir al Valle de la Risa, Shiegra se sintió sola y molesta, y ahora había desafiado las ventiscas, que todos los leones aborrecen, para verlo una vez más. Shiegra estaba envejeciendo y los dientes empezaban a caérsele, mientras que los pelos que cubrían sus orejas y su cola habían pasado del amarillo al blanco.

Claus la encontró tumbada frente a su chimenea, echó los brazos al cuello de la leona y la abrazó cariñosamente. La gata se había retirado a un rincón apartado. No quería relacionarse con Shiegra.

Claus le habló a su vieja amiga de los gatos que había fabricado y del placer que habían proporcionado a Weekum y a la niña enferma. Shiegra no sabía mucho de niños; de hecho, si se encontraba con uno, era difícil confiar en que no lo devorara. Pero se interesó por los nuevos trabajos de Claus, y dijo:

—Estas imágenes me parecen muy atractivas. Sin embargo, no veo por qué has hecho gatos, que son animales muy poco importantes. Supongamos que, ahora que estoy aquí, haces la imagen de una leona, la reina de todas las bestias. Entonces, en efecto, ¡tus niños serán felices y estarán a salvo al mismo tiempo!

A Claus le pareció una buena sugerencia. Así que tomó un trozo de madera y afiló el cuchillo, mientras Shiegra se agazapaba en la chimenea a sus pies. Con mucho cuidado talló la cabeza a semejanza de la leona, hasta los dos feroces dientes que se curvaban sobre su labio inferior y las profundas líneas sobre sus ojos muy abiertos.

Cuando terminó, dijo:

—Tienes un aspecto terrible, Shiegra.

—Entonces la imagen es como yo —respondió—, porque soy realmente terrible para todos los que no son mis amigos.

Claus esculpió ahora el cuerpo, con la larga cola de Shiegra arrastrándose tras él. La imagen de la leona agazapada era muy realista.

—Me complace —dijo Shiegra, bostezando y estirando el cuerpo con gracia—. Ahora miraré mientras pintas.

Sacó del armario las pinturas que le habían dado los Ryls y coloreó la imagen para que se pareciera a la verdadera Shiegra.

La leona apoyó sus grandes y acolchadas patas en el borde de la mesa y se levantó mientras examinaba detenidamente el juguete que era su semejanza.

—¡Eres realmente hábil! —dijo orgullosa—. A los niños les gustará más que los gatos, estoy segura.

Luego, gruñendo a Blinkie, que arqueó la espalda aterrorizada y gimió temerosa, se alejó hacia su casa del bosque con pasos señoriales.